



SU MARCO HISTORICO

PEDRO TRIGO

En el artículo anterior se ha intentado una descripción del movimiento carismático en nuestro país y una valoración del mismo. Nosotros nos preguntamos qué sentido tiene que haya aparecido precisamente por estos años en nuestras tierras. Intentaremos esbozar algunas hipótesis sobre su sentido en el conjunto de la realidad eclesial y social. No tratamos, pues, de analizar esos movimientos, sino de situarlos en el momento histórico que atravesamos, pues independientemente de la totalidad no pueden explicarse sino idealísticamente, fingiendo que son realidades en sí. Nos referimos no sólo al movimiento carismático, sino de una manera general a manifestaciones diversas pero emparentadas entre sí, que van desde el pentecostalismo hasta los grupos de oración. Son sólo hipótesis, otros podrán decir más y mejor.

LA AMBIGÜEDAD DE LA RELIGION.

Comenzaremos recordando algo muy simple: las manifestaciones religiosas son ambivalentes, la religión es ambigua. Así como la fe es absoluta —es la realidad de Dios en nosotros—, la religión en cambio es relativa. Esto no es ninguna desgracia, no es una designación peyorativa. De ningún modo. Es simplemente el modo de ser de lo histórico que aún no está consumado. Así pues, el distinguir, el analizar, el situar a los movimientos carismáticos en la historia no es violar el misterio, no es entrar con las sandalias puestas a un sitio sagrado, separado, incontaminado. Ese sitio no existe para el cristiano. El tiene el derecho y el deber de discernirlo todo pa-

ra quedarse con lo bueno. Incluso la eucaristía, el misterio cristiano por excelencia, es en concreto una manifestación religiosa que debe ser discernida para ver cómo se lleva a cabo porque, como todo lo demás, en su realidad concreta es siempre ambigua.

Si las manifestaciones religiosas son radicalmente históricas se alienan cuando pretenden salir de la historia. Entonces pierden su ambigüedad, pero a costa de alienarse. Cuando una determinada forma histórica se tiene de tal modo como manifestación inequívoca de Dios que pretende eternizarse, absolutizarse —sólo Jesús, y en él la persona humana son absolutos— se vuelve un ídolo. También se pervienten las manifestaciones religiosas cuando por un excesivo temor a la ambigüedad, por miedo a la historia se alejan lo más posible de las condiciones sociales, de las características antropológicas, de los modos de expresión cultural de los pueblos. Entonces se pierde el valor simbólico, todo se vuelve frío; las manifestaciones religiosas se convierten en una ley. Nuevamente un ídolo, esta vez el ídolo mosaico.

LOS MOVIMIENTOS CARISMATICOS COMO SINTOMA.

Pues bien, creemos que los movimientos carismáticos habría que verlos ante todo no como una bendición o como una desviación sino como un síntoma. Estos grupos espontáneos, entusiásticos, revelarían lo que en nuestras manifestaciones religiosas hay de frío, de esclerotizado, de legalista, de no participativo; en una palabra, de ajeno a la historia. Y por lo

tanto no ambiguo, no contaminado por ella; pero también alienado. Estos grupos carismáticos revelan que muchas manifestaciones religiosas son entre nosotros formas arcaicas, lo trasnochado revestido de sacralidad y revestido abusivamente. Lo que hay en los grupos carismáticos de discutible, de impuro, de confuso, de peligroso, revela lo que hay en ellos de vital. Y revela, por contraste, que muchas manifestaciones religiosas se han convertido entre nosotros en cauces seguros, pero muertos; no tienen ningún peligro pero nada expresan, no dan vida. Y a esto no se puede replicar que los sacramentos obran automáticamente. Si se entiende así el “ex opere operato”, se ha caído en la magia, porque se ha perdido totalmente el sentido sacramental, es decir el sentido simbólico. Si los sacramentos son ritos esotéricos, ininteligibles, que rechazan toda otra participación que no sea la pura aceptación, el vacío asentimiento, se ha llegado por el lado contrario a la fe desnuda luterana: el pueblo dice que sí por pura obediencia, acata sin comprender, asiste para cumplir desde lejos con el misterio impenetrable; y luego se dirige a sus santos, a sus devociones, para practicar la virtud de la religión, insaciada en los actos oficiales.

Es cierto que la jerarquía tiene el encargo de velar por que las manifestaciones religiosas expresen realmente el misterio cristiano que obra en la historia. Pero eso sólo será posible desde dentro, desde dentro de la vida, desde dentro de la ambigüedad, animándola, llenándola de contenido y así salvándola una y otra vez de

las desviaciones. Dicho de otro modo, la ortodoxia sólo puede preservarse mediante la ortopraxis. Esta tiene la primacía. Y no puede entenderse en el sentido de que las prácticas religiosas se realicen de acuerdo con unas prescripciones, es decir que sean lícitas, que cumplan los requisitos legales. Si esta fuera la preocupación de la jerarquía tendríamos el ídolo mosaico, seríamos fariseos que pretendemos cargar a los hombres con preceptos humanos y no pastores que ponen su vida en dar vida a la comunidad.

En el momento en que se da esta desviación legal el pueblo cristiano divide sus expresiones religiosas: lo que considera de justicia con Dios, de mantenimiento de un orden sagrado se expresa en el culto oficial. Lo que se refiere a sus problemas particulares o a su gusto por honrar a Dios se lo arregla por su cuenta. Pero aquí ¿qué es la Iglesia? ¿dónde queda el nuevo estatuto del hombre ante Dios?

UNA HISTORIA RECIENTE

Podríamos decir que hacia fines de los años cincuenta en nuestro país el culto cristiano conoce un momento de esplendor: Festividades religiosas, entronizaciones de imágenes, procesiones, novenarios... Además de la misa hay un sin fin de prácticas, de funciones religiosas en las que coinciden el clero y los fieles. Las misas son solemnes, vistosas, con sermones de inflamada oratoria sagrada y gran despliegue de vestiduras, flores, luces, incienso y música. Las otras funciones religiosas recogen oraciones sumamente emotivas, llenas de superlativos en las que la majestad del cielo se derramaba sobre nuestras miserias mediante una complicada cadena de intercesores. En determinados momentos, las oraciones se interrumpían para que en el hueco de una pausa cada uno colocara sus intenciones particulares. Y con las velas, con los escapularios, con los cuadros, con los estandartes cada uno iba manifestando su devoción, y todos se unían en los cantos, cadenciosos, reiterativos, en los que una antigua costumbre había volcado el sentir colectivo, y todo en ese ámbito solemne en el que todos formaban uno desde la mitra y el báculo que el obispo llevaba con dignidad en su lugar eminente hasta la viejita que musitaba su plegaria en un rincón o el muchachito inquieto asombrado de tanto esplendor.

Todo esto tuvo sus insuficiencias, sus graves defectos. Pero expresó un momento. Sin embargo ese momento histórico estaba pasando. La historia no se puede congelar, ni tampoco deben congelarse sus expresiones.

Y vino el brusco despertar del Concilio. Y tenemos que confesar que el Concilio nos tomó bastante desprevenidos. Lo que íbamos leyendo despertaba en noso-

tros resonancias profundas. Pero no teníamos el marco teórico para procesarlo. Poco a poco al cura le daba pena decir esas oraciones o cantar esos cantos o vestirse esas galas; poco a poco se fue sintiendo incómodo entre esa exuberante floración de devociones. El cura comenzó a retraerse de esas manifestaciones religiosas. Donde antes veía lo nuestro, lo tradicional, lo entrañable, ahora veía lo tradicional, lo pasado, lo envejecido, lo poco iluminado, lo poco razonable, lo poco proporcionado, lo falto de sustancia. Intentaba explicar al pueblo, hablar un lenguaje nuevo. Pero si él más intuía que comprendía, ¿qué iba a entender el pueblo? El pueblo empezó a captar que algo estaba cambiando, algo que se le decía que era para su bien, para darle a él su papel debido, el puesto primordial que tiene como pueblo de Dios. Se le anunciaban cosas que no veía. Lo que él sí comprendió es que algo se había roto.

De repente los curas nos vimos atrásadísimos y queríamos ser modernos. El papa nos lo decía: *aggiornamento*, poner la Iglesia al día. Unos pensaron que nacieron tarde, que ya no estaban para cambios y o discretamente se hicieron a un lado o se atrincheraron para que nada cambiara. Algunos se entregaron al cambio con entusiasmo. Y en ese afán de modernización se encontraron con ciertos grupos sociales que también la estaban buscando. En general grupos de la burguesía baja y media. Y las manifestaciones religiosas, la atención y el tiempo de muchos curas se fueron orientando hacia esos grupos: grupos de la Biblia y de renovación litúrgica, cursillos de cristiandad, movimiento familiar cristiano, cursillos de capacitación social... además de muchas prácticas de renovación para el mismo clero. Insensiblemente se fue abriendo una brecha entre el clero y el pueblo. Se pensaba que la gente era buena pero que no entendía. Esos grupos en cambio eran más receptivos. Se los empezó a mirar como punto de referencia, como pautas para la modernización de la Iglesia. Las asambleas de culto se orientaban a gente que sabía leer y que tenía preocupaciones modernizantes.

Pero esa clase social carecía de rai-gambre y de un sólido proyecto histórico de alcance nacional. Por eso después del entusiasmo inicial la renovación no tardó en dar signos de su carácter imitativo, europeo, alienado. A las casullas de guitarra sucedieron las góticas; a los cálices, candelabros y crucifijos de estirpe barroca les sustituyeron cálices falsamente primitivos e imágenes que imitaban sin alma al románico; a los cantos tradicionales, otros musicalmente pobres y sin colorido. Y las cosas de siempre se recubrían de palabras como asamblea, anáfora, kerigma, hermanos separados, signos de los tiempos, diaconía... y poco después otras muchas de

jerga sociológica utilizadas como esas otras, con poco discernimiento y conocimiento de causa. Muchos curas comenzaron a hablar en el púlpito sobre lo que otros curas hacían o dejaban de hacer. Los sermones se convirtieron por decreto en homilías, pero muchos no tenían suficiente conocimiento ni de la Escritura ni de lo que estaba pasando en el mundo para poder salir airosos de este reto. Otros no hacían más que hablar de la crisis de la Iglesia. En todo esto nunca pensamos en dialogar con el pueblo; lo más que se hacía era explicarle el nuevo papel que le habíamos asignado, que él —como nosotros— no veía bien en qué consistía en la práctica.

Por eso cuando algunos curas, pretendiendo luchar contra las supersticiones, comenzaron a quitar los santos y hasta a hablar de ellos con desdén e incluso hasta a romper las imágenes, el pueblo se sintió herido en sus más hondos sentimientos religiosos. Y en algunos sitios tuvo que amenazar. De todas las maneras, por debajo de la aparente continuidad de misas y procesiones, se había consumado una ruptura.

Y la cosa se agravaba porque el pueblo también había cambiado. El fenómeno de la urbanización y la irrupción de numerosas generaciones jóvenes habían hecho imposible muchas cosas pasadas. La adaptación a las nuevas condiciones era durísima. A muchos ya no les quedaban fuerzas para replantear su vida religiosa. Sobre todo los mayores tendían a verla más bien como el factor de estabilidad en todo este cambio. Y a los jóvenes el cambio de la Iglesia no les parece tanto, muchos no perciben el cambio y ligan la Iglesia a lo pasado. Y así el clero tiende a quedarse en el aire, apoyado en una clase extranjerizante, que incluso ella misma, en los momentos extremos, se quita el disfraz y vuelve a las manifestaciones tradicionales.

Avanzados los años sesenta, grupos interesados en la modernización de la Iglesia empiezan a considerar que el cambio de la Iglesia —que por otra parte coincidiría con la fidelidad a sus orígenes y a su Espíritu— tiene que ver con la entrada al pueblo, con el tomar parte con él; pero ya no como ministros sagrados, ocupados de las cosas de Dios separadas de la vida, sino predicando la Buena Nueva que es un mensaje de liberación total y colaborando a ella. Y un cierto desplazamiento hacia los sectores marginados, que venía ocurriendo desde una perspectiva de promoción, ahora se incrementa y lentamente va asumiendo la perspectiva de la lucha por la liberación.

Estos grupos cristianos descubren los valores evangélicos del pueblo y tienden a estimularlos. Y se va dando lentamente una cierta compenetración popular. Pero, por prejuicios filosóficos, tienden a

disociar en el pueblo los valores cristianos de los símbolos cristianos. Para no pocos de estos cristianos radicales los símbolos cristianos del pueblo son algo tarado que lo mejor es silenciarlo y dejarlo morir. Poco a poco se va notando un cambio a este respecto, un renovado interés por el catolicismo popular. Pero aún el pueblo se siente desamparado por estos grupos en lo que toca a sus manifestaciones religiosas, que si no se identifican sin más con su cristianismo tampoco pueden separarse de él. Y estos grupos aún muchas veces no han dado el salto de una liturgia casera para ellos mismos y sus más inmediatos colaboradores a unas manifestaciones religiosas compartidas por el pueblo con quien viven y luchan.

UNA CORRIENTE SIN CAUCES

La conclusión de este recorrido por nuestra historia reciente sería que las manifestaciones religiosas que ofrece nuestra Iglesia son en gran parte o fosilizadas y desangeladas, o asépticamente modernizadas para el uso de una burguesía media un tanto desarraigada, o demasiado tímidas e incipientes en los que buscan una expresión popular dinámica. Las razones son muy complejas y el camino a emprender, nada fácil, pasa nada menos que por una redefinición del puesto de la Iglesia en nuestro país. Redefinición, no mediante solemnes declaraciones verbales, sino llevada a cabo por el desplazamiento real de grupos para vivir el compromiso evangélico con nuestro pueblo.

Estos años atravesamos un "impasse", vivimos en una especie de tierra de nadie. Lo tradicional desmoronándose, las innovaciones modernistas no calientan a nadie, el cristianismo radical aun no tiene fuerza para recrear las manifestaciones religiosas populares. En esta coyuntura, es natural que surjan grupos carismáticos.

Está en pie, desatendida, la necesidad de una expresión religiosa cordial, activa, participativa, espontánea. Estas características normales de la expresión religiosa cobran especial relieve al ajustarse al modo de ser de nuestro pueblo. Además muy viva en él la curiosidad y el gusto por elementos metarracionales, entusiásticos. Se da también la necesidad de un encuentro personal en la ciudad distanciadora, anónima, solitaria, que aviva la añoranza de un ámbito en el que la gente se relaciona de un modo natural, desestructurado, como lúdico a la vez que dador de seguridad. Además está la dificultad de pasar de un modo de conocimiento por connaturalidad, por intuición, por contagio, por experiencia, a un modelo más racionalizado, más abstracto, pero necesario en el cambio del país.



LOS CARISMATICOS Y LOS DIVERSOS GRUPOS ORGANIZADOS.

Esta situación lleva a que, si se induce un movimiento carismático, atraiga rápidamente a todos estos elementos y los dé forma. Esta inducción se realizó desde los Estados Unidos, en parte directamente, en parte vía Puerto Rico. No es posible analizar acá las motivaciones de su nacimiento en USA, diversas desde luego en gran parte de las nuestras. Lo que sí hay que destacar es que personas y organizaciones de USA que ven con preocupación el surgimiento en Latinoamérica de un cristianismo que coloca su espiritualidad en el terreno de lo sociopolítico, se han alegrado del auge de los movimientos carismáticos y los apoyan.

En general nuestra alta clerecía siente hacia estos movimientos un doble impulso: por un lado se inquieta, porque intuye un peligro para el orden y estabilidad de las manifestaciones religiosas; pero, por otro, ve que despierta interés, que se reúne gente, y esto le alegra. Pero en general, personalmente, lo verán con reparo.

Los grupos modernizantes, al carecer de raíces, necesitan estar en continuo movimiento. Además esto viene de USA, está en la onda. Por eso se sienten atraídos. Además, al no acabar de decidirse por el pueblo y no querer identificarse sin más con el sistema se sienten solos, necesitan vida y fuerza.

Hay también gente que lleva años en la brega de la lucha popular. Es una brega vivida en mucha soledad. A veces el caer en la cuenta de las insuficiencias antropológicas de sus planteamientos coincide con presenciar el éxito fácil y rápido de estos grupos. Algunos se han sentido atraídos y han querido probar esta veta.

UN PEQUEÑO BALANCE

Creemos que para nuestra Iglesia puede ser un paso fecundo. No nos parece que ha de ser sobrevalorado. Pero tampoco despreciado. Para algunos puede ser la primera vez que han sentido a Dios como una realidad actuante, como un Espíritu de vida. Para otros, la primera vez que en

el culto católico se han sentido correspondientes, mayores de edad, requeridos personalmente. Otros han aprendido a orar o a leer en común la Biblia. Otros han adquirido un vislumbre de lo que puede ser una comunidad.

Las escorias son fáciles de ver: una sobrevaloración de elementos experienciales, emocionales y de ahí una falsa seguridad, y una cierta reducción a un ámbito artificial y fácil que implica una salida de la historia, una cierta distracción del sentido de realidad y de sus tareas, que es el campo en que se decide la salvación.

La gran limitación de estos movimientos sería la concepción que subyace del fenómeno religioso como algo en sí, un sector de la vida como el estético o como el económico o el deportivo. Entonces algo particular, algo especial que unos sienten y aprecian y otros no. Sería un modo directo de satisfacer unas determinadas necesidades. Y eso no es el cristianismo. El cristianismo habla más bien de negar la vida propia, de ponerla por amor de Dios al servicio de los hermanos, y entonces lo demás —esas necesidades, esas capacidades desatendidas— se nos daría por añadidura. Las manifestaciones cristianas no serían, pues, manifestaciones económicas, es decir encaminadas a la producción o adquisición de bienes útiles —la salud, la compañía, el éxito...—, sino simbólicas, es decir encaminadas a expresar, a celebrar, a reafirmar o a reconvertir el sentido que se tiene del mundo y la manera como se responde en toda la vida a él. Si se pierde este sentido simbólico las manifestaciones religiosas son obras como lo pueden ser diversas prácticas terapéuticas o deportivas o distractivas o el yoga o tantas cosas más. Jesús no sería el salvador del mundo y la Iglesia no sería el sacramento de la salvación que se obra en la historia del mundo.

Para nosotros los movimientos carismáticos son ante todo un síntoma. Alude a nuestras carencias. Y es un reto para que integremos estos elementos válidos en proyectos más globales en los que las manifestaciones religiosas expresen más adecuadamente la lucha en común por nuestra liberación.